

Cuando Santa-Anna se enteró bien de lo que estaba pasando en el Sur, dijo á sus ministros:

—Es mejor que se hayan pronunciado, porque así voy á acabar de un solo golpe con esa horda de bandidos.

En seguida apresuró el movimiento de las tropas que faltaban para lanzar sobre los cuatrocientos hombres pronunciados un ejército de siete mil veteranos con cuarenta bocas de fuego.

Cuando ya todo estaba listo, dijo á sus ministros:

—Yo mismo marchó á la campaña.

—¿Pero qué necesidad tiene de molestarse así S. A. Serenísimá? preguntó el Ministro de Relaciones.

—Ustedes no se apuren por mí: allí les dejo mi pliego de mortaja.

El pliego de mortaja contenía el nombre del que él quería que fuera su sucesor en caso de muerte.

Cuando mucho le rogaron, él les dió esta razón toral:

—Yo quiero por mí mismo, por mi mano, castigar á aquellos insolentes.

Y en pocos días se puso aquella águila dictatorial en el Sur, para devorar allí á la media docena de palomas que habian osado volar más alto de lo que debieran y turbar los sueños de gloria del tirano.

CAPITULO VIII.

Hundimiento del Dictador.

He aquí el diario de un oficial que tomó parte en la expedición del Sur, cuyo manuscrito nos encontramos entre unos papeles viejos:

«15 de Marzo de 1854.—Todo el día ha sido de fatigas y de preparativos para la salida del Ejército. Se dice que los ministros hasta se han arrodillado á los piés del general Presidente rogándole que no vaya á exponer su preciosa vida en aquellos climas mortíferos; pero que les ha contestado que no quiere valerse de ningún otro para llevar á cabo la empresa, y que yendo él está seguro de acabar pronto con los pronunciados, porque su solo nombre bastará para que se caigan todos muertos de terror.

Marzo 16.—A las cinco de la mañana salieron cinco mil hombres, dejando la ciudad de México casi desguarnecida. La carga va en más de seiscientas mulas, y de ellas

más de cien llevan costales de pesos. Yo voy en el escuadrón que sirve de escolta á Su Alteza Serenísima, quien á las ocho de la mañana salió de palacio en una carroza seguida de otras nueve más en que van generales y señoras. Los cocineros, las gentes de servicio y los carros de víveres salieron ayer para San Agustín de las Cuevas, en donde se ha de servir un suntuoso almuerzo. Dicen que el general Presidente lleva quince baúles con su ropa en que van los mantos y todas sus insignias. Van caballos y mulas de repuesto hasta Cuernavaca, pues dicen que de allí se han de volver los carruajes.

Marzo 17.—Parece que es un Rey el que va con nosotros. Además de los muchos generales y oficiales que lo siguen van á cierta distancia cincuenta gastadores de descubierta, cincuenta dragones y cincuenta lanceros. Nosotros cubrimos la retaguardia con doscientos carabineros. El camino está muy compuesto, y de trecho en trecho se ven arcos de flores y de follaje que han mandado poner las autoridades, las que salen con músicas á saludar al general Presidente.

Marzo 18.—Pasamos la tarde y la noche en San Agustín, en una gran frasca. Han tocado las músicas y se ha bailado y bebido vino hasta las doce de la noche. Hoy remontamos el Ajusco, en cuya cima se han mandado colocar grandes tiendas para que se aloje el general Presidente con toda su numerosa comitiva. Se dice que el general Presidente tiene la fantasía de que se dé allí esta noche un banquete mejor que cualquiera de la capital y un lujoso baile.

Marzo 19.—La lluvia descompuso un poco las fiestas que se preparaban; pero como las tiendas son sólidas,

se ha podido bailar y beber una buena parte de la noche. Sólo los pobres soldados que no tuvieron tiendas se la pasaron acurrucados, y aunque se cubrieron con sus capotes, el frío, según dicen, les estuvo calando hasta los huesos.

Marzo 20.—Ya comenzaron los trabajos. Al bajar para Cuernavaca se desbarrancaron dos piezas y se descompuso el camino. Nos detuvimos bajo de una arboleda mientras se compone para que pueda pasar la carroza de Su Alteza Serenísima, á quien le han traído muchas ofrendas de varios pueblos. Siguen los arcos, las flores y las músicas.

Marzo 21.—Llegamos hasta en la noche á Cuernavaca, y se hizo al general Presidente un recibimiento magnífico por las autoridades civiles y militares. Se le formó valla con antorchas, hubo muchos cohetes y muchas músicas. En la casa de Cortés fué el besamanos y se le ofreció un banquete por el Ayuntamiento.

Marzo 21.—Pasamos aquí el día arreglando todas las cosas, porque se dice que desde mañana vamos á entrar en terreno enemigo. El general Presidente montó á caballo muy temprano, y acompañado de un brillante séquito en el que iban sus dos capellanes, sus dos médicos, ocho generales, veinte coroneles y cosa de cien oficiales de los Estados Mayores, salió al camino para revistar algunas tropas y dictar medidas para la marcha. Aquí se queda una buena parte del cargamento, y sólo seguirá adelante lo que se ha juzgado más necesario para el servicio del general Presidente.

Marzo 22.—Hemos dejado señoras, operistas, palafreneros y todo lo que tenía aspecto de corte, y ahora va-

mos todos á caballo y guardando las distancias los cuerpos y la artillería como un ejército en campaña. El general Presidente ocupa el centro de toda la División con su numeroso Estado Mayor y con sus escoltas, á fin de estar expedito para comunicar las órdenes. La marcha es tranquila, y aunque comienza á sentirse el calor, la tropa va bien sin demostrar fatiga. Hemos acampado en una rancharía cerca de un arroyo. El general Presidente ha recibido tres correos que le trajeron pliegos y tan luego como los ha leído se ha puesto de un humor negro. Mandó fusilar á un soldado sólo porque vinieron á decirle que se había robado una gallina.

Marzo 23.—Seguimos la marcha por terrenos quebrados y solitarios; como en todo el día nadie se ha presentado á hacer ovaciones, dicen que el general Presidente va de mal humor. No obstante, se le ha servido un gran banquete con toda la Plana Mayor debajo de su tienda y han estado tocando las músicas. La noche se pasó sin novedad.

Marzo 24.—Llegamos á Taxco, población de regular importancia, que estaba iluminada con farolillos de colores. El general Presidente renunció el besamanos, porque dijo que estaba muy cansado. No obstante, hubo cohetes y músicas y cosa de unas cincuenta personas, dirigidas por la autoridad, fueron siguiéndolo y dando los gritos acostumbrados de ¡viva Su Alteza Serenísima! ¡viva el jefe supremo de la Nación! Ordenó que se acuartelaran las tropas que cupieran y que se hiciera el servicio de en tiempo de paz, porque no había ni el más remoto peligro, es decir, nos autorizó para que todos durmiéramos á pierna suelta.

Marzo 25.—Se dió descanso á la tropa, los cuerpos

ocuparon el día en lavarse y limpiar las armas. Se tocó silencio á las nueve de la noche, y en la orden general del día se previno que el ejército estuviera listo para emprender la marcha á las cuatro de la mañana.

Marzo 25.—Apenas habíamos recorrido unas dos ó tres leguas, cuando empezaron los tropiezos para el paso de la artillería, porque el terreno es muy quebrado. En todo el día no pudimos avanzar más que unas seis leguas, y se hizo alto en la tarde. La tropa empieza á demostrar fatiga y se han contado más de veinticinco deserciones. El general Presidente ha hecho que se lea á los cuerpos formados una orden del día muy tronante, en que se establecen penas severas así contra los desertores como contra los oficiales que no despleguen la más eficaz vigilancia en sus compañías.

Marzo 26.—Hemos llegado á Iguala, y nos ha parecido ver aquí la gloria abierta. Fuera de los muchos festejos que se hicieron al general Presidente y á su Plana Mayor por las autoridades y algunos vecinos, hemos encontrado viveres frescos, hemos encontrado familias amables en las casas, sin que ninguna de éstas se haya escapado de tener alojados, y en suma, todos estamos contentos en esta población que hasta bonita nos ha parecido con sus frondosos tamarindos. Aquí, según se dice, tomaremos otro día de descanso, para emprender la marcha con más vigor, porque se supone que ya muy pronto empezaremos á encontrar algunas partidas de pronunciados. Hasta ahora no hemos visto ninguna, y las noticias que circulan son de que todos se están reconcentrando en Acapulco y en la Costa Chica. Aquí se nos han incorporado dos destacamentos, los cuales vienen á cubrir las bajas que hemos tenido por la deserción y las enfermedades.

Marzo 28.—Ayer estuvimos muy contentos. Hoy vamos ya caminando con un sol que revérvera sobre nuestras cabezas. Aunque un cuerpo de gastadores va á la vanguardia componiendo el terreno, que es muy quebrado, no dejamos de tener dificultades en la marcha, principalmente en las cuestas que son muy pesadas cuando nos tocan de subida. El general Presidente va muy contento, porque le han dado noticias los rancheros que hemos encontrado, de que los pronunciados están azoradísimos con la noticia de que él en persona viene mandando el ejército, pues como le tiemblan, van todos huyendo á la desbandada. Considera innecesario llegar hasta Acapulco, bajo la creencia firme que tiene de que no se disparará un solo tiro, sino que unos se someterán y los más comprometidos se embarcarán en Acapulco para cualquiera parte, con el peligro de ser alcanzados y cogidos por los buques de guerra que ha mandado apostar en la boca de las bahías.

Marzo 29.—Hemos llegado al río Mescala, y lo primero que hemos advertido es al otro lado algunas gentes sospechosas. Varios oficiales sostienen que han visto brillar las armas. El caso es que los generales van de aquí para allá á caballo, seguidos de sus Estados Mayores y se ve á muchos que corren á comunicar órdenes. Parece que se pasará el río por cuatro puntos diferentes, tomándose las precauciones necesarias para evitar una sorpresa. Para eso precisamente, esto es, porque el paso de los ríos siempre es peligroso habiendo enemigo, es por lo que se ha procurado llegar aquí por la mañana.

El general Presidente ha llegado con su gran séquito, y al comunicársele la sospecha de que existe ó puede existir enemigo en la otra margen, se ha montado en có-

lera, dando la orden de que dos batallones en que tiene confianza pasen primero y protejan el paso de las demás tropas. Inmediatamente se ha dado principio á la operación, siendo recibida á balazos la cabeza de la columna, como se temía. En el paso de nuestra izquierda también se oye un nutrido tiroteo. El general Presidente activa el envío de otras fuerzas para que protejan á las que están pasando. La maniobra ha terminado después de una refriega de cuatro horas. El enemigo se ha retirado llevándose varias cargas que tuvieron la imprudencia de llevar los jefes que pasaron primero: se han llevado también algunos prisioneros. Hemos sufrido la pérdida de treinta hombres muertos y ochenta heridos, unos cinco ó seis de gravedad. Nos dicen que el jefe enemigo que nos ha dado tan terrible carga, es el feroz guerrillero don Faustino Villalva, que tiene la investidura de comandante militar de la demarcación. El general Presidente se ha puesto furioso, decretando castigos contra algunos jefes, ya que nada puede hacer á Villalva. Si éste cayera ahora en sus manos, no duraría cinco minutos.

Marzo 30.—Seguimos la marcha tranquilamente, pues el ejército va bien cuidado con el servicio de guerrillas exploradoras.

Marzo 31.—Lo único que nos molesta es el calor, pero vamos sin novedad.

Abril 1°.—Llegada grandiosa á Chilpancingo. Hasta ahora no se había hecho una demostración más entusiasta al general Presidente. Con anticipación se mandaron las músicas, los cocineros, los aposentadores, toda clase de materiales de adorno y recursos, de manera que la recepción ha resultado casi tan fastuosa, como las que se hacían en Roma á los Césares vencedores, á quienes hacían pasar

por debajo de arcos triunfales. Aquí también hubo arcos y muchos dísticos, *Te Deum*, imprecaciones y banquete.

En la noche se nos ha dicho que vamos á permanecer aquí cuatro ó cinco días haciendo preparativos, esperando además los pertrechos que vienen en camino y las tropas que se deben reconcentrar.

Abril 2.—El general Presidente visitó en su casa al venerable general don Nicolás Bravo, que no ha querido tomar parte en la revolución, ni tampoco, según dicen, acompañar á Su Alteza Serenísima en la campaña que vamos á emprender, negativa que, aseguran, ha causado á éste grandísimo enojo, y aun agregan que lo ha amenazado con todos los rayos de su cólera.

Abril 3.—Hay ahora dos cosas notables además del muy regular calor que está haciendo: una, que repentinamente se han puesto enfermos de gravedad el general Bravo y su mujer, como si á ambos se les hubiese ministrado un tósigo. El general Presidente tan luego como fué informado del suceso, les envió su médico de cámara, de modo que bien puede asegurarse cuál será la suerte de los infelices enfermos. El otro acontecimiento notable fué, que al salir el general Presidente á inspeccionar algunos cuerpos, se le paró en el hombro una águila real. Yo no soy tan cándido para creerlo; pero se nos ha prevenido que todos digamos que es cierto, aunque no lo hayamos visto, para que se crea por los habitantes de la Nación que nuestro general Presidente está en buenas relaciones con la corte celestial.

Abril 4.—No hubo novedad.

Abril 5.—Hemos salido más que de prisa, porque se ha sabido que el general Bravo está espirando y circulan rumores.

Abril 6.—Pasamos la noche á dos leguas de Chilpancingo. Ahora vamos ya en marcha para Acapulco á buscar al enemigo.

Abril 7.—Hoy sólo vieron los exploradores algunas pequeñas partidas de cinco ó seis hombres sobre los cerros, y al pasar por un cañón se dispararon sobre la columna unos cuantos tiros que hirieron á un oficial y un sargento. El general Presidente se puso colérico.

Abril 8 al 12.—Hemos hecho jornadas muy cortas, porque los caminos, además de ser muy escabrosos, están sembrados de trozos de árboles que ha sido necesario ir removiendo. Todos los días ha habido tiroteos con las guerrillas que nos hostilizan desde los cerros. La tropa va muy disgustada por el calor, por la mala alimentación y por las desveladas, pues tanto de día como de noche tenemos tiroteos y alarmas.

Abril 13.—Hoy hemos cruzado el río del Papagallo, teniendo que sostener un combate reñido en el punto que se llama el Coquillo. El enemigo, que nos atacó con denuevo, se componía de unos cuatrocientos hombres, sin uniforme, unos á pié y otros montados, pero hacían un fuego bien dirigido y tan graneado como si fueran más del doble. Han hecho trabajar mucho al general Presidente, que hasta después de tres cargas que duraron hora y media, logró desalojarlos del punto que ocupaban, haciéndoles prisioneros á dos oficiales que con arrojo se metieron entre nosotros, llamados don José Miguel Indart y don Niccanor Vargas, ambos capitanes. ¡No envidio la suerte que espera á esos desgraciados! El enemigo nos causó más de sesenta bajas.

Abril 14.—Se mandaron los heridos á Chilpancingo y nosotros seguimos nuestra marcha para Acapulco.

Abril 17.—El enemigo volvió á presentarse, pero en corto número, y pronto fué ahuyentado por los cazadores.

Abril 18.—Tuvimos grande alarma, porque vimos desprenderse una fuerza de una alta eminencia á nuestro frente, pero desapareció á poco detrás de una arboleda. Nos hemos detenido á tres leguás de Acapulco para llegar mañana temprano á la vista de la plaza. El general Presidente ha estado trabajando toda la tarde y toda la noche escribiendo cartas y mandando emisarios en todas direcciones. Dicen que ha mandado ofrecer doscientos mil pesos y un alto empleo al señor Comonfort que manda en la fortaleza. Se asegura que á nuestra retaguardia están Alvarez y Moreno con el grueso del ejército pronunciado, que se compone de unos mil doscientos hombres muy mal armados.

Abril 19.—Como salimos tarde porque el general Presidente quiere antes revistar su ejército, avistamos las primeras casas á las once de la mañana y luego fuimos situados con todo orden por el Norte desde las Huertas hasta el Farellón. Ha reinado en el castillo de San Diego, que es todo lo que tiene el enemigo, un silencio sepulcral. A eso de las tres de la tarde el general Presidente, con su Estado Mayor, se dirigió á escoger posiciones y fué cañoneado, por lo que tuvo que retirarse. Como es muy habil en estrategia, mandó colocar unas banderas blancas en los puntos más próximos á la fortaleza que debían ocupar nuestras tropas, pero los del puerto las hicieron quitar á cañonazos. El general Presidente no pudo hacer ni en la tarde los reconocimientos que deseaba, porque no le permitieron acercarse, y se retiró lleno de indignación. En la orden del día circulada esta noche, se dice que la fortaleza

sólo está defendida por quinientos hombres, sin viveres, y que mañana será tomada y castigados severamente los rebeldes.

Abril 20.—Mucho movimiento hubo en nuestro campo á las dos de la mañana. A las tres se puso en marcha una columna de novecientos hombres para dar el asalto y otra de igual número la siguió para apoyarla con toda la artillería. La reserva se formó con tres mil hombres y el resto del ejército se mandó á llamar la atención por otros rumbos. Se puede decir que vamos á dar el asalto con todo el ejército de más de seis mil hombres, de modo que de los quinientos pronunciados no quedará ni el polvo. La columna de vanguardia llegó á las obras exteriores á las tres y media de la mañana, y fué detenida con el fuego de fusilería y de cañón que se le hizo á quemarropa: no obstante, siguió avanzando poco después, y al ser rechazada por las reservas, dejó más de doscientos prisioneros dentro del recinto fortificado. Igual suerte corrieron las otras columnas de ataque, encontrando en todas partes una poderosa resistencia. Al aclarar el día se vió el desorden que reinaba en nuestras filas, y el mismo general Presidente acudió á reorganizarlas, con riesgo de su preciosa vida. Todos los generales le suplicaron que no la expusiera; pero no hizo caso, y su presencia sirvió para que se moralizaran las tropas, emprendiendo nuevos ataques á plena luz, lo cual sólo sirvió para que los sitiados vieran bien á dónde debía converger la defensa, lo cual hicieron como si hubiera en el castillo muchos miles de hombres, multiplicándose Comonfort con sus reservas. Ese jefe hizo una salida vigorosa y se llevó muchos prisioneros. Entonces nos retiramos, y una fuerza nuestra que se extravió por el lado de la ciudad fué perseguida hasta los cerros, perdiendo gente.

El combate fué desgraciado para nosotros, y por la tarde el general Presidente mandó de parlamentarios al general don Manuel Céspedes y á don José Genar; pero se volvieron con la cola entre las piernas. Siguieron las hostilidades, pero flojas.

Abril 21.—Volviéron otra vez los comisionados al castillo y ofrecieron mil cosas á Comonfort, pero no quiso venderse. El 22 y el 23 hubo algunos tiroteos y mucha deserción.

Abril 24.—Estamos estupefactos: lejos de dar otro asalto, los cuerpos de infantería van á situarse muy lejos á nuestra retaguardia. ¿Habrà allí enemigo?

Abril 25.—Todo el ejército se retira para el Herrador y acampa á dos leguas de la plaza. El general Presidente para vengarse del gran fracaso, mandó ahorcar á los dos capitanes hechos prisioneros en el Coquillo, los que fueron además fusilados en las mismas ramas de los árboles de donde pendían, para mayor castigo.

Abril 26.—Emprendemos la marcha de retirada y de derrota, regando el camino de fusiles, mochilas, maletas y cargas de parque, como si un enemigo superior viniera pisándonos la retaguardia. Nadie puede creer lo que pasa, y todos los oficiales dicen ó que su S. A. Serenísima ha perdido el juicio, ó que el águila de Chilpancingo fué el pronóstico de su perdición. . . .”

Hasta aquí el diario del oficial santanista, cuyas últimas palabras demuestran que se había eclipsado en Acapulco la estrella del Dictador.



CAPITULO IX.

Convulsiones de la fiera.

LA primera herida mortal que recibió Santa-Anna con su fracaso delante de Acapulco, lo hizo encabritarse y llenarse de furor á tal punto, que ordenó la destrucción de todo cuanto se encontró en su camino, y así su florido ejército se convirtió en hordas de salvajes: las rancherías, haciendas y poblaciones fueron reducidas á escombros. Los pueblos de las Cruces, de la Venta, Dos Arroyos, Cacahuatpec y los demás por donde pasaban, fueron primero saqueados é incendiados en seguida. Sus noches de vivac eran iluminadas por la luz del incendio de los graneros y las fincas. Se desquitaba el Dictador arruinando á toda la gente pacífica del Sur, ya que nada había podido hacer al puñado de valientes que lo habían rechazado de la fortaleza de San Diego, que por cierto no tenía de fortaleza más que el nombre.

manifestar sus simpatías por los revolucionarios; así es que, aunque acostumbrados todos á tratarse como miembros de una familia, no dejaban de sentirse contrariados y de estar temiendo siempre que un día ú otro estallara la bomba.

El primero que rompió el fuego fué el doctor en leyes, diciendo luego que ya todos estuvieron formando rueda en la sala:

—¿No saben ustedes la noticia que circula en la calle?

—¿Cuál es? preguntó Adela.

—Se asegura que fué tomada la plaza de Huetamo, y que el coronel Bahamonde y toda su tropa, fueron cogidos prisioneros por los revolucionarios.

—¿Qué sabes de eso, Néstor? preguntó el comerciante.

—Es cierto: aquel cobarde se dejó vencer, pero ya Su Alteza Serenísima le mandó una felpa soberana que yo mismo escribí, y será castigado.

—¡Qué mayor castigo que caer en manos de los pronunciados! exclamó doña Amparo la esposa de don Néstor, ellos se encargarán de fusilar á todos.

—Los pronunciados no fusilan á nadie, dijo doña Francisca: entre otros ejemplos, tienen ustedes el que dió el general Comonfort en Acapulco. Cuando Santa-Anna acababa de fusilar á los capitanes Indart y Vargas, en el Sur, aquel fué con don Juan Alvarez y le suplicó que si algún premio merecía la victoria que había alcanzado con quinientos hombres contra siete mil en San Diego, le entregara á los prisioneros Holzinger y Zambonino, los que luego que estuvieron en su poder, aunque eran pollos gordos, los puso en libertad.

—Esas acciones generosas son el pan cotidiano de Comonfort, dijo á su vez Tomasa, también puso libres á sesenta oficiales que cayeron juntos con Zuloaga, y á todos les dió recursos para que se fueran.

—Pero tanto los primeros como los segundos le pagaron mal.

—Primas, primas, les dijo el comerciante sonriéndose, siempre olvidan ustedes que está prohibido por el gobierno que se hable sobre los sucesos públicos.

—Aquí estamos en familia, se apresuró á decir doña Refugio su esposa.

—Dice bien Cuca, nadie ha de denunciarnos, exclamó Pancha.

—¿Cómo estuvo eso de Bahamonde? preguntó don Alejo.

—Pues nada, contestó con negligencia su primo Néstor, se dejó sorprender cobardemente, según las noticias que tiene el gobierno.

—Las privadas están en contradicción, dijo el abogado, lo mismo que los partes que publican los pronunciados y que están circulando en esta ciudad. Las fuerzas que mandan don Luciano Martínez y don Ignacio Diaz estuvieron sitiando la plaza, sin que fuera socorrida, y al fin la tomaron por asalto, no obstante que hicieron los sitiados prodigios de valor, los cuales eran ya atacados por doble número.

—Es verdad, el gobierno no pudo auxiliarlo; pero le ordenó que se retirara á Tacámbaro.

—Tal orden se dictó fuera de tiempo, es decir, no la recibió, y sin embargo se le ha mandado procesar cuando seguramente ya no existe.

—Estás mejor informado que nosotros, Domingo, le dijo Amparo con algo de zumba.

—Es que hablo con toda clase de personas.

—Por tu bien, te encargo que seas precavido.

—Lo soy, y todavía más, me precio de ser amigo de la paz, me duele que se derrame la sangre de los mexicanos por los caprichos de la política, en que no me mezclo: por lo mismo no estoy ofuscado y puedo apreciar los acontecimientos con toda imparcialidad, aprobando lo que es justo y condenando lo que es perjudicial para la Nación. Por ejemplo, siempre he dicho que fué una infamia la venta de la Mesilla en la miseria de diez millones que volaron en menos de tres meses, y toda la gente sensata es de mi opinión.

—¿Y fué bueno que mandaran también formar causa al general don José M. Yáñez por haber derrotado al filibustero Raousset, que quería apoderarse de Sonora? preguntó Tomasa la hermana del licenciado.

—Por fortuna lo absolvieron, se apresuró á decir Francisca: lo terrible fué que después de haber devorado los millones de la Mesilla, dictaran aquellas órdenes sultánicas en Agosto para que se confiscaran sus bienes á los pronunciados y se tomara de las haciendas cuanto se necesitara para las tropas.

—Todavía eso se puede pasar, dijo Adela que no quería quedarse sin su tajada: cuando necesita recursos el que tiene el poder, los toma de donde los encuentra. A mí lo que me impresiona mucho es la destrucción de las propiedades y las vidas. ¿Cómo fué posible que se mandaran quemar expresamente las haciendas de Tierra Colorada y la Brea, y muchos pueblos como el de Tixtla, y que se mandara fusilar á tantas gentes, entre ellas un hombre

tan bueno como don Ignacio Campos? ¿Cómo es posible que se den órdenes como aquella que dió el ministro de la guerra al general don Simeón Ramírez, diciéndole: «Los pueblos rebeldes deben ser desaparecidos, y todos los individuos que hayan tomado parte en hostilizar á las tropas nacionales, serán pasados por las armas?» Yo me estremecí de terror al leer eso en el «Diario Oficial.»

—Pero qué más, exclamó el abogado, que decretarse penas contra los neutrales! ¿Ya no se acuerdan ustedes cuando se recobró Cuautla, que se impuso á los vecinos una multa de tres mil pesos y se ordenó al comandante militar que *castigara ejemplarmente á los neutrales* para escarmiento de los que en tales casos no se presentaran á rechazar á los facciosos.? ¡Ustedes saben lo que es *castigar ejemplarmente!*

—Pero si de que la perra es brava hasta á los de casa muerde, dijo Francisca que parecía la más exaltada: ¿no ha desterrado Su Alteza Serenísima á muchos de sus amigos, y entre ellos á su más íntimo al general don Ignacio Basadre?

—¿Quién de los señores, pues, preguntó Adela, tiene hoy la cabeza segura sobre sus hombros?

—La guerra es la guerra, se resolvió por fin á decir Néstor, y si Alvarez y Comonfort la han provocado, que sufran las consecuencias.

—Pero no son ellos los que las sufren, puesto que á ellos no pueden hacerles nada, contestó Refugio, sino los inocentes, ¡tantos inocentes!

—Es que el gobierno dice: los que no están conmigo, están contra mí, contestó Néstor.

—¡Buena lógica! exclamó el abogado, y sobre todo en boca del poder público que es en las naciones el guar-

dian y el protector de todas las vidas y haciendas y por cuyo deber que contraen los que lo componen, reciben el salario que tienen asignado.

—Desengáñate, Néstor, dijo Refugio tranquilamente, el general Santa-Anna y sus ministros se enagenan las simpatías de todas las gentes buenas con esa conducta brutal que están observando. Tú estás empleado, comes el pan del gobierno y no puedes censurar sus medidas; pero en el fondo de tu conciencia, porque eres honrado, tienes que convenir en que una cosa es la lucha y otra cosa el terror como medio de sostenerla, con el que en lugar de amigos se ganan enemigos. ¿Crees tú que hace bien el gobierno en mandar quemar las haciendas, en desterrar á todos los que le parecen sospechosos, en mandar fusilar á los indefensos y en sembrar el pavor por donde quiera que van sus tropas?

—Yo soy un simple subalterno que. . . .

—Diré á ustedes la verdad, dice Amparo su mujer queriendo acudir en auxilio de su marido, Néstor tiene buen corazón y compadece á las víctimas de la revolución lo mismo que lamenta los horrores que están viéndose; cuando estamos solos me lo dice, y teme que todo eso tenga fatales consecuencias para el gobierno; pero está allí prestando sus servicios y tiene obligación de manifestarse leal partidario de Su Alteza Serenísima, á quien debe muy buenos favores.

—Ustedes ven que soy tolerante, y la prueba es que vengo aquí en donde siempre saca mi capote un rasgón.

Todos se rieron, y entonces don Alejo que era el más conciliador, dijo:

—Todo es plática, aquí nadie es político de profesión ni tiene por qué tomar á pechos las cuestiones. Si alguien

se ofende en lo más mínimo, se fué quien lo dijo y. . . vámonos á cenar.

—Vámonos, contestaron todos levantándose y dirigiéndose al comedor como si tal cosa. . . .

Muy brevemente apuntaremos otras infamias.

El 3 de Abril, sobre una solicitud de indulto en favor del coronel don Francisco Moreno, que había sido condenado á muerte en Chilpancingo, dijo el gobierno al comandante general: «hágalo fusilar, si no lo ha hecho, pues no ha tenido facultad para demorarlo.»

En 6 de Marzo se dijo al comandante de Iguala: «los facciosos deben ser colgados en los árboles del camino, arrasados los pueblos y rancherías, quemadas todas sus semillas, consumido todó su ganado y destruidos cuantos medios tengan de subsistencia.»

En 3 de Marzo, desde Iguala el ministro de la guerra dió orden para que fueran desterrados de la Capital Muñoz Ledo, Riva Palacio, Payno, Furlong y todos los desafectos, que se aprehendiera á don Antonio Haro y Tamariz que estaba oculto y que se le pasara por las armas luego que fuera encontrado.

En 20 de Mayo se publicó un bando contra Tixtla, que comenzaba así: «en el término preciso de quince dias se presentarán al gobierno departamental los vecinos que de alguna manera tengan relaciones con los sublevados, ó los protejan directa ó indirectamente, á fin de que protestando su adhesión al supremo gobierno y á Su Alteza Serenísima el general Presidente de la República, previo el juramento respectivo, se les aplique la gracia de indulto.»

Lo demás que sigue no lo llegaron á discurrir los Calígulas ni los Nerones.

A principios de Abril, cuarenta vecinos de Sultepec todos labradores pacíficos, fueron conducidos á México y encerrados en Santiago Tlaltelolco, para castigar una demostración que hizo el pueblo contra la tiranía.

El coronel don José López de Santa-Anna, nombrado para hacer la campaña en Michoacán, llevó instrucciones para *fusilar* á todos los que hubieran dado auxilio á los rebeldes, *aunque los encontrara en sus casas*, y para que hiciera lo mismo con los que *hubieran presenciado* las escenas de los facciosos. Un historiador agrega: «¡El coronel Santa-Anna cumplió bien esta orden! Viejos, mujeres y niños, que á su parecer eran *rebeldes*, fueron inhumanamente sacrificados.» El historiador que dijo esto, fué el circunspecto don Anselmo de la Portilla.

Con fecha 18 de Abril se expidió la célebre circular previniéndose á todas las autoridades que ya no llamaran *pronunciados* sino *bandidos* á los que hacían la guerra al gobierno.

El 23 de Mayo el general santanista Tabera derrotó á Degollado, y le tomó cuarenta prisioneros en Tizayuca, siendo *todos* fusilados inmediatamente.

A fines de Mayo, el mismo Dictador en persona hizo una excursión por Michoacán, sembrando á su paso el duelo y llenando á las familias de consternación, haciendo correr á torrentes la sangre y las lágrimas de centenares de personas.

Después que hizo correr del Consejo de gobierno á don Manuel Baranda, á don Antonio Florentino Mercado y á otros que habían dado muestras de independencia, sometió al alto cuerpo la deliberación de las siguientes cuestiones: ¿debe expedirse una constitución? ¿quién la ha de hacer? ¿qué forma de gobierno se adopta? El

Consejo contestó que debía darse la Constitución y que el mismo la propusiera: que la forma de gobierno debía ser la republicana.

Ante una entereza semejante, pero más aún, temblando porque Comonfort había conseguido muy serias victorias en el interior, y por donde quiera el incendio de la revolución avanzaba sobre la Capital, se llenó de miedo como todos los tiranos cuando ven que viene el castigo, y el 7 de Agosto, á las tres de la mañana, huyó hacia Veracruz con una buena escolta, embarcándose para el extranjero.

¡La fiera había caído, pues, á los pies de la revolución!

